

ENSAYO*

EL PERIODISMO COMO PROFESION

Por **Juan Luis Cebrián**

Director de «El País»

CUANDO a los quince años, comuniqué a mi padre mi deseo de ser periodista, me dijo que sí enseguida, pero a condición de que estudiara además una carrera universitaria. Mi padre era también periodista, y no de los peor situados, pero evidentemente no le parecía el suyo el mejor de los mundos. Siempre he odiado autocitarme en nada de lo que escribo, pero creo que en esta ocasión bien vale la pequeña anécdota personal porque pone de relieve el menosprecio social existente en nuestro país respecto a la función intelectual y humana de los periodistas.

Incluso ahora es frecuente oír la opinión de colegas y muy prestigiosos que proclaman sin empacho que «esta es una profesión para abandonarla pronto». El mundo de las letras, para los creadores, y el de la política, para los más activos, son no pocas veces los horizontes reales que animan el subconsciente de los jóvenes reporteros cuando empiezan. Y muchos de los que no tienen otra aspiración que



DON JUAN LUIS CEBRIÁN, madrileño de 31 años. Becario de la Fundación, redactor-jefe de «Pueblo» y Subdirector de «Informaciones», Periodista y Licenciado en Filosofía y Letras.

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes una colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto del tema general que se aborda a lo largo del año. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte y la Historia. El tema elegido para 1976 ha sido la Prensa.

Al finalizar el año estos trabajos serán recogidos en un nuevo volumen de la *Colección Ensayos*, editada por la Fundación Juan March en colaboración con la Editorial Rioduero.

En el Boletín anterior se ha publicado: *La empresa periodística: sus peculiaridades*, por Mariano Rioja, profesor de Economía de la empresa periodística.

morir entre el plomo de las platinas o el ruido de los teletipos confiesan llanamente que el periodismo, si bien se mira, no es en realidad una profesión sino un oficio.

Distinguir qué características sociales y reales debe adquirir una actividad para que sea considerada como profesional, saber delimitar la frontera entre el artesano de antaño y el colegiado de nuestros días, resulta a veces complicado. Pero, a mi entender, dos características son precisas para poder hablar con propiedad de la existencia de una profesión: la primera, el establecimiento de un conjunto de intereses comunes entre los que la practican; la segunda, el desarrollo de un programa específico educacional y preparatorio para su ejercicio. Ambas circunstancias se dan inequívocamente en el periodismo de los países industriales desarrollados, incluso —y ese es nuestro caso— en los que la opinión pública no tiene una importancia reconocida como basamento del edificio social. Pero el fenómeno de profesionalización del periodismo es en realidad muy reciente: comienza en los Estados Unidos hacia 1920 y en Europa después de la Segunda Guerra Mundial ⁽¹⁾. De manera que es frecuente encontrar, hasta en las redacciones de los periódicos más modernos y revolucionados, redactores procedentes de las escuelas de periodismo en permanente conflicto con los «self-made-men» de turno que no cesan de argumentar que el periodista nace y no se hace.

Creo que fue a Camilo José Cela a quien oí en cierta ocasión que a estas alturas de los tiempos no hay nada ni nadie que nazca simplemente, si no lo hacen los demás con el transcurso de los años y la educación. No se trata de negar que existan ciertas cualidades innatas o genéticas en los hombres que les hacen en cada caso más aptos o más afines a ciertas actividades. La vocación, como llamada del cielo o de la conciencia, sigue teniendo un valor entre nosotros. Pero ignoro por qué la insistencia de quienes practican profesiones creativas en abdicar de la necesidad de una formación estructurada y seria. El periodista, como el médico, el arquitecto, el pintor, el fontanero o el especulador profesional es desde luego alguien que se hace. Y la chispa del genio es preciso avivarla con la educación, si queremos que dé fruto.

(1) «El periodista profesional».—John Hohenberg. Editorial Letras. Méjico. Pág. 17 y siguientes.

Los viejos reporteros, los que comenzaron de botones subiendo cafés a la redacción o acudieron a ella para buscarse unas perras que les permitieran sobrevivir mientras seguían escribiendo poesías, experimentan un rechazo lógico a todo lo que no sea autodidactismo. «De las Escuelas de Periodismo, todos quieren salir como corresponsales en el extranjero o como editorialistas. Ninguno para hacer sucesos», acostumbran a decir. E insisten en que no hay mejor escuela que la vida misma: la propia redacción del periódico. Pero la verdad es que cuando los recién graduados salen con su flamante título dispuestos a comerse el mundo encuentran difícilmente trabajo. Allí donde acuden les piden a menudo una experiencia previa, porque suelen desconfiar del valor de la enseñanza que recibieron en la Universidad o en la Escuela de turno. «¿Cómo voy a tener experiencia si antes no me emplean?», suelen argumentar los jóvenes. «Y para qué perdí cuatro o cinco años estudiando si ahora no es esa razón suficiente para que me den trabajo?», añaden los más fieramente celosos de su esfuerzo.

En realidad hay una pugna a nivel mundial entre los periodistas de academia, por así llamarlos, y los autodidactas. Sin embargo, ya nadie duda de que en nuestros días un alto nivel de preparación intelectual se exige para triunfar en la prensa. Aunque esto no resuelve el problema de si existe o no un programa específico de disciplinas cursando las cuales pueda decirse que uno es periodista, igual que se dice que es médico o ingeniero. La dificultad mayor estriba en que casi nunca los buenos periodistas se han dedicado a la enseñanza de su profesión pues, en contra de lo que sucede en otras carreras, la enseñanza misma en un aula, fuera de la redacción, apenas aporta nada esencial a los profesionales en ejercicio. Salvo en casos excepcionales, la investigación, que es en realidad la base y la razón de ser de la enseñanza universitaria, está muy poco cultivada entre los periodistas, que prefieren dedicar su tiempo a estudiar asuntos concretos útiles para su profesión pero no estrictamente relacionados con ella. Es frecuente, por ejemplo, que los grandes columnistas sean expertos en derecho, en política, en ciencia o en historia, pero casi nunca se dedican a los temas específicos del periodismo. Y demasiadas veces son los peores profesionales los que encuentran en estos asuntos refugio de su ino-

peratividad y de su ineficacia. Por todo el mundo, las Escuelas de Periodismo, incluso las que tienen rango universitario, ofrecen innumerables ejemplos de ello.

Y, sin embargo, puede decirse sin ningún temor a yerro que existe ya un conjunto de conocimientos específicos para el ejercicio del periodismo que justifican el que éste sea considerado como una profesión. Quiere decir que hay una técnica concreta y básica de la profesión, que nada tiene que ver por un lado con el virtuosismo literario ni por otro con la necesaria preparación cultural que todo periodista debe tener. La cuestión está en saber determinar cómo ha de desarrollarse el plan de estudios en cuestión. Existe una gran bibliografía al respecto, parte de la cual ofrecemos al lector al final de este artículo, y no es probablemente éste el lugar adecuado para exponer con detalle en qué consiste ese entramado de conocimientos. Es en cambio, quizás, la ocasión para señalar el absurdo enfoque que sobre estas materias se tiene en nuestro país y que ha dado lugar al más increíble de los experimentos increíbles que pueden hacerse en Universidad tan maltratada como la nuestra. Me refiero al caso de la llamada Facultad de Ciencias de la Información, de la que ha de salir en el año 76 la primera promoción de periodistas universitarios, y que es un ejemplo inmejorable —impeorable, habría que decir— de cómo no se deben abordar los estudios de periodismo. Quizás se combinan aquí dos problemas diferentes, aunque originados en la misma vetustez y obsolescencia de nuestras estructuras sociales. De un lado, el concepto anacrónico y limitativo que lo universitario adquiere entre nosotros, sustituyendo muchas veces la educación y la investigación por un puro formulismo de títulos. De otro, el exceso de controles burocráticos y administrativos sobre una profesión cuya esencia es la libertad de crítica y de información. Así, arguyendo la necesidad evidente de crear periodistas con formación universitaria se ha empezado a construir una entelequia de Facultad que pretende emular a las de Humanidades en muchos aspectos cuando no buscar la metafísica inencontrable de la linotipia o la máquina polar-oid. Presionados por la realidad lacerante de una clase profesional muchas veces poco y mal formada intelectualmente, se ha intentado con la Escuela de Periodismo y con la Facultad de Ciencias de la Información sucesivamente proporcionarle una base cultu-

ral amplia que el periodista debía de encontrar en otro lugar —el bachillerato u otras carreras universitarias—, al tiempo que se mitificaba el conocimiento de técnicas sencillas del informador. Técnicas que son capaces de ser enseñadas en un espacio de tres meses al más zoquete de los aspirantes a reportero.

No todo es negativo en la experiencia, sin embargo. La existencia de entidades públicas dedicadas, al menos en teoría, a la formación específica de la profesión, ha facilitado la llegada a ésta de una generación vocacionalmente atraída por el periodismo y que no se ha fijado en él ni como un empleo subsidiario ni como un enchufe para desaprensivos. Esos mismos jóvenes, sobre los que comienza a descansar el grueso de la responsabilidad de la prensa y la opinión pública española, son los que se desesperan ante el espectáculo inaudito que la Universidad estatal ofrece queriendo doctorar en Ciencias de la Información a quien aspira nada más —ni nada menos tampoco— que a ser simplemente un buen reportero y a informar con veracidad, exactitud y eficacia, de lo que pasa.

No me resisto en este punto a la tentación, probablemente obscena, de reproducir a título de ejemplo, un párrafo de un grueso libro que bajo el título «La empresa informativa» tienen que aprenderse desgraciadamente mis futuros colegas, hoy alumnos de la citada Facultad. En la página 94 (2) dice así:

«La correlación, es decir, el grado de relación mutua existente entre varios fenómenos, nos demuestra que si llamamos a la tirada de los periódicos x_1 al índice cultural, x_2 al índice de capacidad de compra, x_3 a la renta provincial, y realizamos una serie de operaciones, las mismas nos darán un coeficiente muy próximo a la unidad lo que indica que existe una gran relación entre la tirada de periódicos y los indicadores socioeconómicos citados.

Los coeficientes obtenidos son:

$$R_{01} = \frac{48 \sum y x_1 - (\sum y)(\sum x_1)}{\sqrt{48 \sum y^2 - (\sum y)^2} \sqrt{48 \sum x_1^2 - (\sum x_1)^2}} = 0,9767683$$

que es el coeficiente de correlación existente entre la tirada de la prensa y el índice cultural,

(2) «La empresa informativa».—Prensa, radio, cine y televisión». Pedro J. Pinillos y Suárez. Ediciones del Castillo. Madrid 1975.

$$R_{02} = \frac{48\sum yx_2 - (\sum y)(\sum x_2)}{\sqrt{48\sum y^2 - (\sum y)^2} \sqrt{48\sum x_2^2 - (\sum x_2)^2}} = 0,9504391$$

que nos da el coeficiente entre tirada y capacidad de compra

$$R_{03} = \frac{48\sum yx_3 - (\sum y)(\sum x_3)}{\sqrt{48\sum y^2 - (\sum y)^2} \sqrt{48\sum x_3^2 - (\sum x_3)^2}} = 0,9504391 \gg$$

He de hacer además la advertencia, muy necesaria al respecto, de que la cita no es única, pues la obra está plagada de ejemplos similares. Pero tampoco se trata aquí del caso de un profesor aislado o de una asignatura concreta. Con las honrosas excepciones de rigor, de arriba abajo y del principio al fin la carrera de periodista —a la que inevitablemente amo porque es la mía— se ha convertido en nuestro país en una verdadera sucesión de despropósitos académicos y administrativos.

Gran parte de la responsabilidad quizá sea de los propios profesionales, que no quisimos o no supimos reclamar con la energía que era precisa una presencia activa y real en la confección de los planes de estudio y en el análisis de qué cosa debía ser en realidad una Escuela de Periodismo con rango universitario. Sea como sea, mantener la ficción intolerable de que la universidad española forma hoy en día periodistas es algo que no debería permitirse más.

Paradójicamente, los estudios de periodismo son algo bastante estructurado y abordado en muchos países. Cientos de escuelas e institutos de periodismo repartidos por las universidades de todo el mundo nos hablan de hasta qué grado de especialización es posible formar a un reportero para su trabajo. En 1908 se creó la primera institución de este género con rango universitario, en los Estados Unidos —Missouri— aunque ya existían departamentos a título experimental en otras universidades americanas. Cuarenta años más tarde eran ya más de setenta las escuelas de este tipo que existían en aquel país. No por casualidad fue precisamente un periodista, Joseph Pulitzer, y no un profesor, el fundador —en 1912— de la hasta ahora más reputada e importante escuela de Periodismo del mundo, la de Columbia, que funciona exclusivamente en cursos para postgraduados. ¿Qué diría el creador de los famosos premios literarios y periodísticos si supiera que a

su «Graduate School of Journalism» alguien pretendía apellidarla de Facultad de Ciencias de la Información? Nunca mejor dicho que lo sublime, cuando verdaderamente no lo es, acaba por resultar histriónico.

Pero al margen de estas cuestiones, la enseñanza estructurada del periodismo facilita, como digo, la selección de auténticos periodistas vocacionales dispuestos a considerarse a sí mismos como ejercientes de una profesión. Cronológicamente, en casi todos los países es previa la existencia de escuelas de periodismo a la de sindicatos o asociaciones de periodistas. Estos comenzaron a organizarse para defender sus intereses profesionales con varios años de retraso sobre los editores y propietarios de periódicos y puede decirse que sólo después de la Segunda Guerra Mundial las uniones de redactores han sido capaces de reclamar y defender sus derechos, incluso cuando no se trataba de reivindicaciones económicas o salariales.

La característica gremial de los periodistas es que, aún sintiéndose una clase asalariada —con todo lo que de proletarización conlleva el término— se consideran a sí mismos como intelectuales. Al ser las empresas de prensa empresas de ideas, los intereses de los redactores se vuelcan muchas veces más sobre el plano moral de su profesión que sobre el estrictamente laboral o sindical. En los países sajones, en los que la libertad de prensa como principio básico de la sociedad tiene un arraigo reconocido, la presión de los redactores por preservar la independencia de la información ha sido, quizás por menos necesaria, más débil en principio que en otras naciones europeas. Cosas que un periodista francés o italiano —para qué vamos a decir un español— puede venir reclamando durante años en orden al control moral de la prensa, están garantizadas de antemano a todos los profesionales de Inglaterra o de los Estados Unidos. Esto no quiere decir que ellos tengan resueltos todos sus problemas, sino que se presentan con características y matices muy diferentes. En América, por ejemplo, existe una tradicional separación entre las páginas de opinión de los periódicos y las dedicadas a información. Mientras en estas últimas la independencia de los periodistas es casi total, las empresas y el llamado «editorial stall» se reservan el derecho de marcar la línea de las primeras.

El movimiento corporativo de protesta y reivindicación moral que los periodistas llevan a cabo comenzó en Francia en cierta medida. Pero lo que hace veinte años empe-

zaron reclamando los profesionales galos —no injerencia en las empresas ni del poder político en la línea editorial de los periódicos— era algo si no plenamente logrado, si en estado de avanzada consecución en USA o en el Reino Unido. La postura de los franceses cristalizó en las famosas «sociedades de redactores», la primera de todas las cuales fue la de Le Monde. Según su carta fundacional tienen por objeto garantizar que son los periodistas quienes «asumen la responsabilidad intelectual y moral de la información». Por su parte los sindicatos de periodistas americanos o ingleses se habían ocupado tradicionalmente más de aumentar los salarios y la seguridad en el empleo de sus miembros que de luchar por una libertad de prensa que ellos creían alcanzada y respetada. Sólo en los años sesenta comenzaron a contemplar la peculiaridad de su problema al darse cuenta de que había de hecho una clase de periodistas —la de los integrantes del «editorial staff»— que eran quienes de hecho asumían la responsabilidad de marcar la línea del periódico; rara vez la clase de tropa de la profesión tenía acceso a este tipo de decisiones. En cualquier caso la creación de una conciencia profesional que haga al periodista sentirse fiador a nivel corporativo, ante la sociedad, de la libertad de prensa es una conquista relativamente reciente en todo el mundo. El problema, por lo demás, no está resuelto y ha originado ya importantes conflictos en numerosos puntos del globo. No es descabellado pensar que nuevas batallas son previsibles en este terreno, y precisamente en España.

La situación en nuestro país adquiere matices particulares. La libertad de prensa no es algo reconocido objetivamente por la estructura política española y los redactores de los periódicos son beligerantes en la lucha por conquistarla. La acción de los periodistas se politiza así, inevitablemente, en contra de un sistema que les resulta opresivo y que no respeta lo que ellos consideran un derecho básico de su profesión: la libertad de ejercicio. Al mismo tiempo como resultado de la guerra civil, los años de censura y el dirigismo estatal, el «amateurismo» sigue siendo una de las grandes lacras del periodismo español. Las generaciones más viejas miran por eso con desconfianza a los jóvenes que reclaman con tanta insistencia ser libres e independientes. Les parece que tras sus peticiones teñidas de profesionalidad se esconden intereses de otro tipo y les acusan no pocas veces de ser auténticos «enanos infiltrados».

No obstante un sentimiento corporativo de unidad entre los periodistas, en búsqueda de una auténtica libertad de prensa garantizada por los profesionales, crece de día en día en nuestro país. Las redacciones de todos los grandes periódicos españoles están llenas de jóvenes con estupenda preparación y entusiastas de su oficio, que desde las Asociaciones de la Prensa trabajan por el reconocimiento de la dignidad profesional y la eliminación de trabas a la función de informar. En un alto porcentaje, los mejores periódicos españoles están hechos por ellos. Esta nueva clase de periodistas no cree en su profesión como en un sacerdocio, porque apenas cree en los sacerdotes de ningún tipo, pero piensa en ella precisamente como en una verdadera profesión. Las condiciones de inseguridad jurídica en las que realizan su trabajo día a día ocasionan a menudo demasiadas cicatrices entre ellos. Ni siquiera la acusación de ser partícipe de un espíritu de clan, puede evitarme el reconocimiento del alto precio que han de pagar, y pagan, los periodistas españoles defensores de un concepto independiente y una visión social del papel de la información.

Pero la libertad de prensa no es un concepto aislado sino expresión, resultado y origen a un tiempo, de un conglomerado más amplio y definido de libertades que conforman las sociedades apellidadas democráticas. Y la grandeza y la pequeñez de la profesión del periodista residen finalmente ahí: en ser —sin mitificaciones ni engaños— un verdadero servidor del interés del pueblo, que en el caso de la prensa resulta ser el lector. De ahí que si los periodistas se han hecho acreedores de muchas justificadas invectivas, por lo menos debe reconocerse el papel relevante que han jugado en la democratización del país.

Educación específica e intereses corporativos son, pues, las características esenciales de toda profesión. Son también el binomio de preocupaciones fundamentales que atraen la atención de los periodistas de todo el mundo. Por lo demás es necesario reconocer que ésta es una profesión difícil y no exenta de pecados. Está llena de locos e iluminados, con ganas de ser santos y generales, políticos y artistas, deseosos de conocerlo todo, machacarlo todo, seducir mujeres, alternar indistintamente con tahures o con ministros, jugar al comisario, al espía, al escritor... Hay entre nosotros aventureros, burócratas, funcionarios, payasos, sumos pontífices, aguafiestas y algún rompedor de

de escapularios. «En fin —como dice Jean Louis Servan Schreiber (3)— incluso si su talento no es muy superior a la media, incluso si son periodistas deportivos, cualquier periodista se considera un poco como un intelectual. Trabajador sin herramientas, su capital profesional está completamente bajo su gorra. Aunque su patrón le despida, no puede arrebatarle sus instrumentos de trabajo. Entre todas las profesiones asalariadas el periodismo es uno de los que ofrecen mayor iniciativa intelectual, de creatividad e independencia». Quizás estas características son las que originan tantas veces la confusión, entre los periodistas mismos, sobre la verdadera naturaleza del oficio que ejercen. Quizás de ahí provienen a un tiempo el imán y el rechazo que la sociedad experimenta ante ellos. Por eso algún día habrá que escribir más sobre los problemas y las frustraciones que los hombres de la prensa encuentran a diario en nuestro país para poder cumplir, siquiera con dignidad ante sí mismos, la función para la que se sienten llamados. Pero para quien como yo conoce la miseria y la alegría que desborda una redacción, y ha pasado casi la mitad de su vida en medio de este gremio alocado y entrañable, el periodismo seguirá siendo una apasionante profesión, imposible de cambiar ni de abandonar, y en la que hay que morir con las botas puestas.

(3) *El poder de informar*, Dopesa, Barcelona, 1973.

Bibliografía

- William L. Rivers. *Periodismo. —Prensa, radio y televisión*. Editorial Pax-México. México, D. F., noviembre 1969.
- Carl N. Warren. *Géneros periodísticos informativos*. A. T. E., Bertrán. Barcelona, 1975.
- Jean-Louis Servan-Schreiber. *El poder de informar*. Dopesa. Barcelona, 1973.
- Bernard A. Weisberger. *Evolución del periodismo*. Editorial Letras. México, 1966.
- John Hohenberg. *El periodista profesional*. Editorial Letras. México, 1962.
- John Hohenberg. *Los medios informativos*. Editorial Letras. México, 1970.
- Dr. Emil Dovifart. *Periodismo*. Traducción español, Félix Blanco, U.T.E.H.A. México, 1959.
- Jean Schwoebel. *La presse, le pouvoir et l'argent*. Editions du Seuil. Paris, 1968.
- José Luis Martínez Albertos. *Redacción periodística*. A.T.E. Barcelona, 1974.
- E. Frank Candlin. *Journalism*. The Enflis Universities Press Ltd. Londres, 1969.
- Manuel Vázquez Montalbán. *Informe sobre la información*. Editorial Fontanella. Barcelona, 1961.
- Manuel Vigil Vázquez. *El oficio de periodista*. Dopesa, Barcelona, 1972.

N. B.: Todos estos libros son fácilmente encontrables en las librerías españolas.